

Gustavo Lins Ribeiro

---

## Para pensar la relación entre cultura y política en la contemporaneidad. ¿Estamos en el post-imperialismo?\*

### *Breve introducción sintomática respecto a la relación cultura/política*

Los procesos sociales y políticos no pueden existir fuera de la cultura ni del universo simbólico. En verdad, lo político, o la política, es una manifestación de lo social y de lo simbólico que sólo se puede realizar a través de estos últimos. En la antropología está claro el principio de que es imposible pensar y actuar fuera de la cultura y fuera de cualquier lógica simbólica. Como la política está compuesta por una infinidad de juegos de lenguaje, de interacciones, de comunicaciones, de cambios, de controles y de códigos, ella, claro, se inscribe en estas dinámicas. Sin embargo, no puede ser reducida a su lado cultural y simbólico so pena de perder de vista su especificidad. Y aquí se encuentran las mayores dificultades: comprender lo que es específico a la política en cuanto entidad que puede ser interpretada como universal; distinguir lo que de construcción histórica existe en las prácticas políticas (la democracia, por ejemplo, es un ideopanorama con una historia específica, que lleva a ciertas modos de dominación y expansión occidentales, pero que se presenta como universal); distinguir cómo culturas específicas inciden sobre prác-

ticas de regulación del espacio público (para continuar con el ejemplo de la democracia, está claro que no todas las democracias latinoamericanas son iguales ni poseen la misma historia y alcance), etcétera. En un plano más etnográfico tendríamos que tomar en cuenta afirmaciones como “esto sólo pasa en un país como Brasil”, “... como Argentina”, “... como México” y así por el estilo, afirmaciones que parecen apuntar para una intrincada síntesis de representaciones y lecturas, una “sociología espontánea” de los actores, con respecto a la condición ciudadana en Estados-naciones específicos.

Tal vez la cuestión más difícil de solucionar, dada su complejidad y los intentos fracasados del pasado (por ejemplo, aquellos típicamente desarrollados por el culturalismo norteamericano a la Ruth Benedict), se vincule a la comprensión de cómo las culturas nacionales, o identidades nacionales, para decirlo en palabras más contemporáneas, influyen en las prácticas políticas. ¿Cómo tomar en cuenta al “hombre cordial brasileño”, a la “nostalgia tanguera argentina”, sin salir por el lado fácil de confirmar los estereotipos o negarlos como ideologías de las élites? A mí, que viví e investigué en Argentina, siempre me llamó la atención, comparándolo con mi experiencia en Estados Unidos y como brasileño, el peso del uso del pasado en las interacciones sociales porteñas. ¿Esto se deberá al papel de Buenos Aires, con su población europeizada (al comienzo del siglo la gran mayoría metropolitana de Buenos Aires estaba formada por emigrantes europeos, hasta hoy es común que las personas tengan abuelos o

---

\* Texto leído el 15 de octubre de 1999, en el marco de la XI Feria Exposición del Libro de Antropología e Historia, en el Museo Nacional de Antropología. Traducción de Carlos Martínez Pérez.

bisabuelos en Europa), al papel del centralismo porteño, de la síntesis capitalista precoz realizada en la *belle époque* que todavía se expresa magníficamente en la arquitectura de la ciudad?<sup>1</sup> ¿Cómo explicar, por otro lado, la frecuencia de la “huida hacia delante” tan común en Brasil, el eterno país del futuro, gigante adormecido en espléndida cuna? ¿Esto se deberá a la fuerza de la frontera en expansión en la historia de la penetración capitalista en el interior de Brasil? ¿Al canibalismo de la eficiencia del patrimonialismo portugués que remitía para el futuro las tensiones del presente?

En verdad, al hablar de la cuestión sobre la relación cultura y política, no podemos dejar de mencionar que ella, hasta hace poco (¿mediados de los años ochenta?), fue tematizada y discutida consistentemente a través de la noción de ideología, una noción que, contrariamente a la de cultura, siempre fue demasiado sensible a la distribución desigual de poder (Wolf, 1998) y se inscribía claramente en los cuadros de interpretaciones marcados por el marxismo. La retracción relativa de la eficacia del marxismo se trata de otro tópico de debate necesario, en particular lo que dice al respecto de América Latina, donde su influencia fue notable por varias décadas después de la segunda guerra mundial, sobre todo en los años sesenta y setenta. La tendencia colonizadora de la noción de cultura, ahora apropiada por muchas otras disciplinas y en especial por los “estudios culturales” que representan una cuña articuladora de diferentes tradiciones académicas (historia, análisis literario, antropología, sociología, etcétera), ¿representaría una visión culturalista de la relación del mundo de las ideas, de los símbolos, de los significados con el mundo de la política? ¿O, al menos, un ablandamiento, en el mundo del posmuro de Berlín, de los análisis anclados en las nociones de ideología? Creo que, en cierta forma, sí, pero no totalmente. Es bueno recordar la popularidad de Gramsci y de su concepto de hegemo-

nía en el campo de los estudios culturales, una popularidad que puede ser parcialmente explicada por la sensibilidad que ese autor italiano tenía con los hechos culturales y el sentido común. De cualquier forma, el desafío aún continúa siendo vincular el concepto de cultura al de ideología, como propone Eric Wolf (1998, 1999).

Respecto a la situación de los estudios culturales en el campo académico latinoamericano, cabe una vez más no hacer importaciones de contrabando de las tensiones existentes en otros contextos sociológicos y políticos. Me refiero a la obvia relación entre los estudios culturales, la guerra de las culturas y la guerra de las ciencias en Estados Unidos. En un artículo reciente escribí que:

La guerra de las ciencias metafórica no sólo las tensiones epistemológicas entre diferentes disciplinas y visiones del mundo, sino las distintas clases de poder e ideologías en la sociedad y en las universidades norteamericanas, donde la izquierda, cada vez de una forma más simplista, es identificada con un multiculturalismo relativizante y la derecha con cánones de verdad y objetividad absolutas y universales. ¿En qué medida esta guerra puede iluminar nuestra propia realidad? De forma inmediata, ciertamente en aquello en que también contiene una problemática epistemológica, moral, ética y de atribución de valor diferenciados con la ciencia y con la política. De la misma forma, las cuestiones involucradas en la relación conocimiento/poder son antiguas y siempre pertinentes. Pero en Brasil es notable la eficacia de los mitos globalizantes de las diferencias étnicas y raciales en la formación de las ideologías nacionales. Así, las desigualdades no son preferentemente dramatizadas a través del idioma del racismo y de la discriminación étnica. Una guerra brasileña de las ciencias probablemente se volvería el escenario para la dramatización de las diferencias de desarrollo existentes entre regiones y las diferencias de distribución de la renta. Así se daría, a través de un llamado al desarrollo como forma de disminuir las diferencias entre “pobres” y “ricos” y a la nación como forma de cimentar las diferencias, independientemente de raza o etnia (Ribeiro, 1999:86).

Una última palabra sobre estudios culturales. Sin ninguna intención de marcar territorios, una preocupación que necesita analizarse es la posibilidad, muchas veces visible en los nuevos estilos de interpretación y objetos, de la existencia de una ciencia social sin científico social. No estoy argumentando una exclusividad

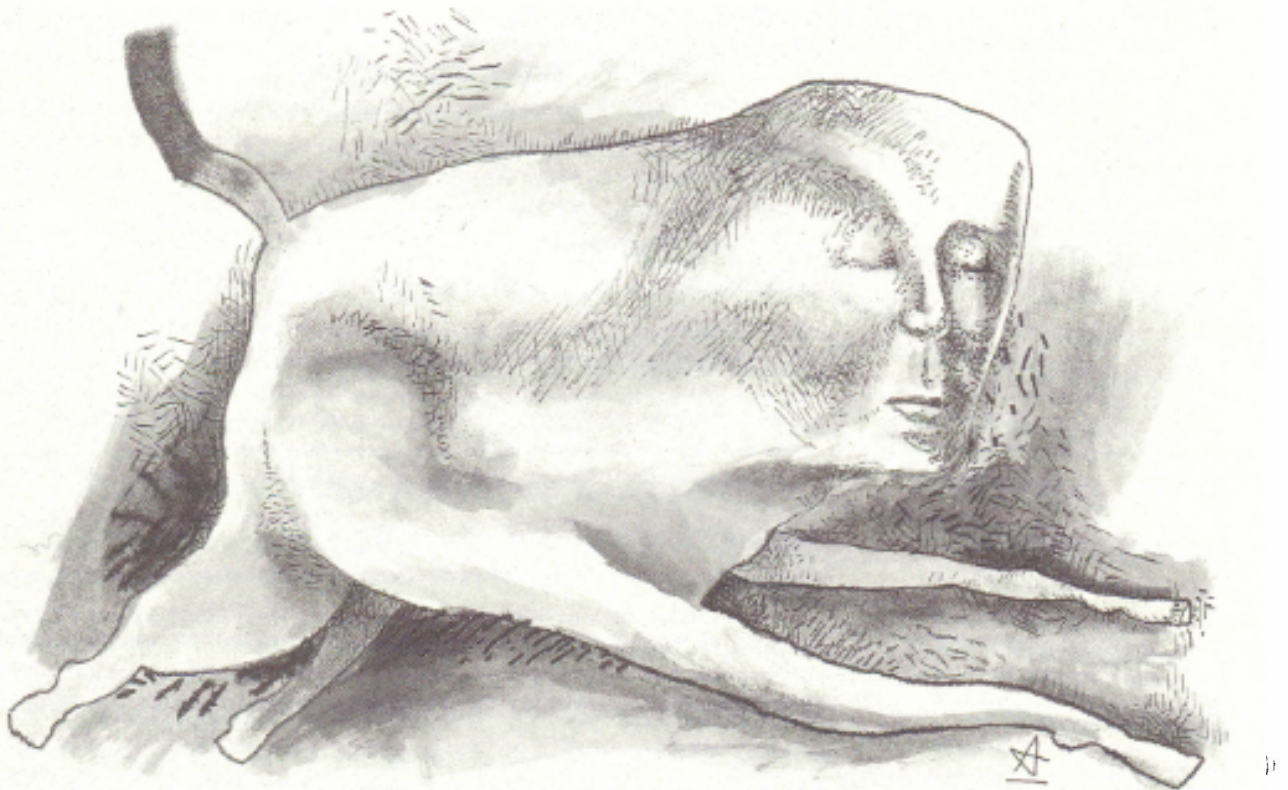
<sup>1</sup> Ya que mencioné la arquitectura *belle époque* porteña, no cuesta trabajo recordar que, al construir, 40 años atrás, su nueva capital federal, los brasileños, al contrario de los americanos en los siglos XVIII-XIX, no se pegaron a los cánones neoclásicos, con gigantescas ampliaciones de las columnas griegas como las que se encuentran en el *mall* de Washington y cuyo mensaje, condensado en la combinación del estilo y de la escala, es evidente: “nosotros somos el Occidente”. Al contrario, los brasileños construyeron “la capital del futuro”, “la capital de la esperanza”, con osadas formas de arquitectura y soluciones urbanísticas, como diciendo “nosotros somos la modernidad”.

o haciendo una demanda corporativa sobre actores y teorías calificadas para el análisis de lo social. Es obvio que varios tipos de intelectuales pueden desarrollar interpretaciones finas de modo independiente a sus entrenamientos académicos formales. La transfertilización es un factor corriente y prometedor. Mi preocupación es mucho más de orden metodológico y teórico, especialmente cuando leo trabajos como los de Featherstone y Burrows (1995), que ciertamente representan una tendencia, donde sobrevaloran el papel heurístico de la literatura. Algo que, en un escenario extremo, puede resultar en la reificación de lo literario y en la suspensión del esfuerzo teórico al interior de las ciencias sociales, en favor de una supuesta e iluminada teoría de lo social introducida en textos literarios.

El trabajo citado anteriormente permite resaltar algunas cuestiones. Si el poder metafórico de la novela fundadora de la cibercultura, *Neuromancer*, de William Gibson, por ejemplo, da a su ficción el estatus de una “teoría social prefigurativa”, para usar la expresión de

Mike Davis citada por Featherstone y Burrows (1995:8), ¿deberíamos regresar a los libros de Julio Verne (1828-1905) y leerlos como teoría social y no como índices de *insights* poderosos de las posibilidades de su tiempo? ¿Por qué los escritores estarían más capacitados para conocer la realidad social que los propios científicos sociales? ¿Si éste fuera el caso, por qué continuamos preparando personas en esta tradición?<sup>2</sup> ¿Es suficiente ser intuitivo con respecto a su propia sociedad, cultura y tiempo histórico? ¿Cuáles son los lí-

<sup>2</sup> Siempre es bueno repetir. Resalto estas cuestiones no por corporativismo, sino porque creo que son realmente importantes para que pensemos inclusive el tipo de preparación que hoy día están recibiendo los científicos sociales y los tipos de ideologías profesionales, frecuentemente populistas y sobrevaloradas de las intuiciones de los actores, que se están forjando después del impacto de la discusión sobre la posmodernidad, sobre la realidad social en cuanto texto, sobre la pretensión de la objetividad de las etnografías, etcétera.



mites de las metáforas<sup>3</sup> Escritores, artistas, políticos, líderes, chamanes y algunos otros, frecuentemente tienen poderosos *insights* sobre su propio tiempo, cultura y sociedad. Esto no necesariamente transforma sus discursos en teoría social. En caso contrario, la antropología, por ejemplo, no sería necesaria. Sería suficiente registrar los discursos de los nativos, o para ser más preciso, de los “informantes-clave” o de los “intelectuales orgánicos” locales. Imagínense si la crítica a las pretensiones realistas de los textos etnográficos llegase al punto donde la única interpretación legítima fuese aquella del nativo. Por un retorno perverso, estaríamos de regreso al empirismo.

### *Retomando la cuestión en el contexto del transnacionalismo*

En la forma como estoy vislumbrando este vasto debate sobre la relación cultura y política, queda clara la necesidad de un mayor acercamiento entre la antropología, la ciencia política, la sociología y el análisis literario. En el presente, los estudios de comunicación son, igualmente, cada vez más centrales. Como afirma Allucquère Rosanne Stone (1992), las tecnologías de comunicación son tecnologías de creación de comunidades (por lo tanto, tecnologías políticas también). Benedict Anderson (1991) mostró cómo la prensa creó, a través de procesos de sincronización de lo imaginario y lo simbólico, las condiciones para la creación de un Estado-nación (en el caso de Alemania), esta macro entidad que hoy domina la práctica política y la definición de las capacidades de los actores políticos individuales. En la era de la globalización, se trata sobre todo de pensar la relación Estado-nación/fuerzas supra y transnacionales. Éste ha sido un esfuerzo que he desarrollado a través de mis propias investigaciones y las de colaboradores. Desde mis trabajos sobre el transnacionalismo vinculado a proyectos de gran escala, a la construcción

de la hidroeléctrica paraguaya-argentina de Yacyretá (Ribeiro, 1991, 1994), pasando por una crítica a la noción de desarrollo sustentable como la nueva ideología/utopía del desarrollo gestada frente a la crisis, a finales del siglo XX, de las utopías e ideologías del siglo XIX (Ribeiro, 1991a), hasta mis trabajos sobre Internet y la comunidad transnacional imaginada-virtual (Ribeiro, 1996, 1997, 1997a) y mis investigaciones sobre actores envueltos en procesos inter o transnacionales (como los emigrantes brasileños en el área de la Bahía de San Francisco California, o la segmentación étnica interna a la fuerza de trabajo del Banco Mundial en Washington, *cf.* Ribeiro, 1998, 1998a, 1999a), he buscado definir aquello que llamo “la condición de la transnacionalidad” (Ribeiro, 1999b).

En la medida en que la globalización desarrolla su dinámica selectiva produciendo o creando poderosas élites y que el capitalismo transnacional continuamente dicta reglas a los Estados nacionales, los ciudadanos del mundo necesitan localizar internamente los nuevos escenarios, y comenzar a establecer modos de contrabalancear estas tendencias hegemónicas. Discutir las condiciones de la transnacionalidad es tener la posibilidad de transformar nuestras concepciones de ciudadanía para englobar una clara sensibilidad y responsabilidad con relación a los efectos interligados de las acciones políticas y económicas en un mundo globalizado. Es reconocer que todo nuevo y poderoso movimiento que se alza en el horizonte requiere ser regulado por una parte opuesta. Ésta es la única garantía que tendremos de que tal tendencia no colonizará, de forma totalizadora, todo el espacio que pueda encontrar. Aquí, evidentemente, no es el lugar para resumir la complejidad y amplitud de esta discusión (*cf.* Ribeiro, 1999b), pero, sólo quiero adelantar, de forma general, lo que pienso es una definición mínima de transnacionalismo con la clara necesidad de situarnos en estos debates.

Si la globalización económica después de la guerra fría se continuara profundizando y trayendo más desafíos para la dinámica local/global, para la constitución de una comunidad imaginada/virtual, será necesario contar con un amplio espectro de comprensión y alianzas para hacer frente a los intereses políticos y económicos de los actores que impulsan el proceso en posiciones hegemónicas. La propia definición de lo que es “transnacional” es frecuentemente dejada de lado. Muchos usan el término casi como un sustituto para internacional o multinacional. El uso del prefijo “trans”

<sup>3</sup> Considero las siguientes ideas de David Tomas (1995:33) apropiadas para ayudar a iluminar esta compleja cuestión: “Una analogía o metáfora que es llevada demasiado lejos puede resultar tan perniciosas como una analogía falsa o superficial [...]. El poder de vinculación de las metáforas y analogías puede [...] ser ejercido en dos direcciones. Ellas pueden crear campos de investigación o pueden también limitar las investigaciones a través de la seducción, un encantamiento realizado por imágenes o relaciones simples, claras y elegantes.”

sólo para designar movimiento a través de las fronteras nacionales, no me parece suficiente. A mi entender, transnacional y transnacionalismo se refieren a un nuevo nivel de integración de poblaciones que crea un nuevo modo de representar pertenencia a unidades sociopolíticas y culturales. Creo que el transnacionalismo tiene características únicas, cuatro de las cuales destacaré enseguida.

Primero, si de manera simplificada pudiéramos concebir los niveles de integración variando del local, regional, nacional al internacional, veríamos que a cada uno de ellos corresponden dinámicas y realidades territoriales propias. Mantienen también relaciones de inclusión donde impera una lógica de clasificación que realiza una identidad fuerte entre territorio, cultura y origen de la persona o grupo. Así, alguien puede ser de Copacabana, de Río de Janeiro, del sureste, de Brasil, de América Latina, etcétera. Como no se puede definir o conquistar un territorio transnacional (en seguida vea la segunda característica), el nivel de integración transnacional no obedece a la lógica de integración por inclusión arriba mencionada y típica de todos los demás. No puede ser pensado sólo como un círculo concéntrico, que abarque más, de la misma forma que lo nacional puede ser pensado en relación a lo regional y local. Solamente se puede representar como un eje transversal que recorta los otros niveles de integración. Esta primera característica está estrechamente ligada a la segunda: la ausencia de una realidad territorial que corresponda a este nivel de integración. Falta un territorio, o mejor, no existe un territorio transnacional o administrado por una autoridad política verdaderamente transnacional.<sup>4</sup> En verdad, esto quiere decir que no hay una relación como aquella típicamente existente entre el Estado-nación y su territorio, mediada por las categorías de soberanía y ciudadanía, con todas las facetas jurídicas y políticas asociadas, así como los derechos y deberes inherentes a este universo y sus tecnologías de identificación (credenciales de identidad, pasaporte,

etcétera). Si existe, por el momento, un territorio típicamente transnacional, éste no se define de acuerdo con los parámetros usados para la definición de nuestro uso del espacio fenomenológico. Se trata del ciberespacio. Mi preferencia por dar prioridad a las dinámicas existentes especialmente en Internet como la base tecno-simbólica para la emergencia de lo que llamo comunidad transnacional imaginada-virtual se debe, en parte, a este hecho.

En tercer lugar, la presencia del nivel de integración transnacional redefine la lógica de clasificación incluyente de los demás niveles de integración. Los agentes sociales, individuales o colectivos, fuertemente expuestos a las fuerzas de globalización y a las condiciones de la transnacionalidad, tienen los poderes de estructura de sus identidades modificadas. Por ejemplo, el goiano, habitante de un estado con características predominantemente rurales del centro oeste de Brasil, se hace “brasileño”, esto es, una falsificación del carioca (el habitante de Río de Janeiro), en la situación de emigrante en California (Ribeiro, 1988, 1999a). Al mismo tiempo, la dinámica de las condiciones de la transnacionalidad incrementa la fragmentación y la ambigüedad de identidad frente al aumento exponencial de la exposición cualitativa y cuantitativa de la diferencia étnica y cultural. Esto actúa como una bola de nieve que lleva consigo las lealtades típicas de pertenencia a unidades socioculturales con fronteras culturales-territoriales bien delimitadas, de allí, las metáforas comúnmente utilizadas: ciudadanos del mundo, gitanos, expatriados, capital apátrida, etcétera.

La cuarta característica, tal vez la más importante y lógicamente más próxima a la última expuesta, es que por transnacionalismo —y aquí la analogía más inmediata es la de la volatilidad planetaria del capital financiero— debe entenderse como un conjunto de situaciones, fenómenos o realidades donde el origen nacional de los agentes sociales y de los productos de sus acciones es de identificación extremadamente difícil, imposible o irrelevante. En este plano, la desterritorialización y la ambigüedad se imponen con toda fuerza ya que las responsabilidades políticas que acompañan la identificación del eslabón entre agente social, acción y determinada condición nacional, tienden a desaparecer o desaparecen por completo. Las lealtades creadas son diferentes o inusitadas, perturbando, una vez más, la reproducción del sistema anterior basado en fronteras claramente trazadas y obedecidas.

<sup>4</sup> Existen territorios temporalmente administrados binacional o internacionalmente. A mediados de los años ochenta, realicé investigaciones en un territorio binacional (Ribeiro, 1991, 1994), el de la construcción de la hidroeléctrica argentino-paraguaya. Se trataba de una situación especial donde dos países compartían el mismo territorio para alcanzar un objetivo común, la construcción de la obra, con la participación de un consorcio de 34 contratistas provenientes de Italia, Francia, Paraguay y Argentina.

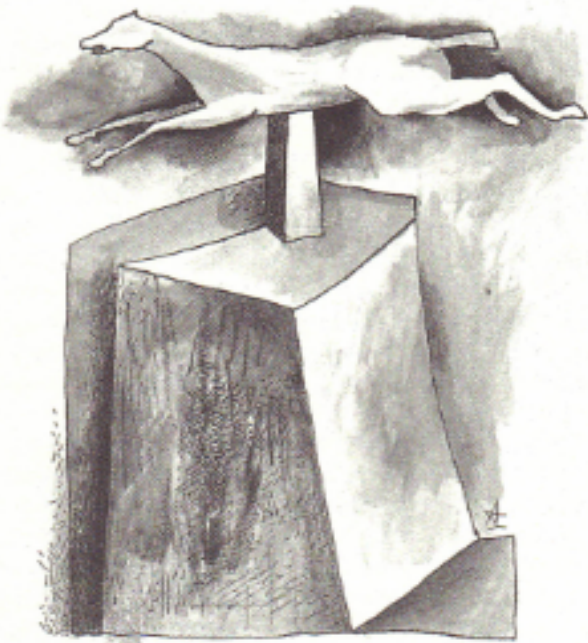
Mis propósitos se inscriben en el ámbito de la diseminación de la necesidad de consolidar una sociedad civil global, hecho discutido sobre todo por científicos políticos y por estudiosos de las relaciones internacionales contemporáneas. Mi contribución original para este debate reside, inspirado en el análisis retrospectivo de Anderson, en afirmar prospectivamente que podemos hablar de la emergencia de una comunidad transnacional imaginada/virtual cuya dinámica material se ancla en el capitalismo electrónico y en las nuevas tecnologías de comunicación, sobre todo en Internet. En este sentido, desarrollé dos conceptos más interligados y que se vinculan a la necesidad de comprender lo que denomino política cibercultural y su eficacia (en última instancia la eficacia de la “opinión pública” de la comunidad transnacional imaginada/virtual): testigo a distancia y activismo político a distancia (Ribeiro, 1997a, 1998b). Estas dos categorías apuntan no sólo a la existencia de nuevos regímenes de visualidad, de nuevas relaciones entre la producción y circulación de simulaciones y simulacros y política con sus impactos en la formación de actores individuales y colectivos, sino, sobre todo, a las nuevas relaciones entre cultura y política, entre comunicación y espacio público, entre democracia y ciudadanía.

## *Volviéndose programático*

Además de la necesidad de repensar las modalidades de interacción entre lo local y lo supralocal dada por la exacerbación de los procesos de globalización en la contemporaneidad (hablando en términos antropológicos: la necesidad de repensar los modos de representar pertenencia a unidades sociopolíticas y culturales) es necesario avanzar en otras dos líneas: *a)* ciencia y tecnología, y *b)* la reversión de las imágenes hegemónicas que circulan internamente en el sistema mundial.

Respecto a la necesidad de estudios sobre tecnología, por límites de tiempo y espacio, prefiero remitir al lector a un trabajo anterior (Ribeiro, 1999). En él me preocupaba por mostrar que uno de los embates políticos más importantes del presente y del futuro próximo se dará en torno a los destinos de las innovaciones tecnológicas y sus impactos en la economía, la cultura, la política y en la construcción de subjetividades y cuerpos. Construí mis argumentos alrededor de las nociones de tecnotopía y tecnofobia, entendidas como una tensión definidora del “malestar en el siglo xxi”. Aquí reproduzco algunos fragmentos del mencionado artículo:

La doble cara, utópica (paradisiaca) y distópica (apocalíptica), de la tecnología es central para que entendamos los dilemas que enfrentaremos cada vez más. Por un lado, encontramos formulaciones utópicas apoyadas en la maravilla que surge de la ampliación de las cualidades y acciones humanas. La tecnotopía, resultante de la ideología del progreso y de una visión evolutiva de la historia de la tecnología (especialmente a partir de la Revolución Industrial), es hegemónica y, en este momento de crisis de utopías, es, en gran medida, el gran meta-relato salvador del mundo contemporáneo. Por otro lado, están los discursos distópicos apoyados en el terror de las fuerzas destructoras desencadenadas por diversas invenciones (controladas por grupos específicos) o en el temor a la punición provocada por la manipulación radical de la naturaleza. La tecnofobia, marcada por la desigualdad de la distribución sociopolítica-económica del acceso a la tecnología y por un imaginario donde cohabitan discursos alternativos o cosmologías mágico-religiosas con sus demiurgos, es, en general, relegada a un segundo plano, pero, ocasionalmente, sobre todo cuando el hombre parece querer jugar a Dios, reúne energías con poder normativo y regulatorio (p. 78).



Si existe algo que alimente una visión evolutiva de perfeccionamiento constante en el tiempo, esto es la tecnología. No por otro motivo ella es la espina dorsal de la ideología del progreso. Si la capacidad de intervención en la realidad será siempre más elaborada, podemos esperar dilemas cada vez más complejos. La tensión entre tecnotopía y tecnofobia persistirá y ciertamente interesará cada vez más a todos. De entre los muchos desafíos que ya se presentan, el del impacto del avance científico-tecnológico en la vida política, cultural, económica y social, en los cuerpos, en la subjetividad, en la naturaleza, es uno de los mayores y crecerá aceleradamente (p. 83).

A partir del siglo XVII la mecánica se convirtió en la religión del mundo moderno y la máquina en su mesías (Mumford, 1959:50). Estamos en el fin de esta era. A finales del siglo XXI, la edad electrónico-informática, la información se convierte en la religión y la computadora en su mesías. Está claro que las dinámicas liberadas por la ciencia y la tecnología continuarán dominando fuertemente y abrirán caminos marcados por la utopía y por la distopía. Pero las dudas morales, éticas y políticas se colocan esta vez frente al poder de la ciencia y la tecnología de redefinir desde nuestra corporalidad hasta nuestras formas de asociaciones colectivas. Observar maneras de regular el poder que tiene la ciencia y la tecnología en la construcción psicosomática, socio-cultural, político-económica de la realidad, es una de las mayores tareas y uno de los grandes desafíos de las fuerzas intelectuales y políticas contemporáneas. Para esto, no sólo hay que reconquistar y comprender la máquina, como afirmaba Lewis Mumford, sino también, como cree Pierre Lévy (1995:12), en su trabajo relativo a las tecnologías de la inteligencia, percibir que “la imagen de la técnica como potencia mala, inevitable y aislada se revela no sólo como algo falso, sino catastrófico; ella desarma al ciudadano frente al nuevo príncipe que sabe muy bien que las retribuciones de poder son negociadas y disputadas en todos los terrenos y que nada es definitivo” (pp. 86-87).

Ya la reversión de las imágenes hegemónicas que circulan internamente en el sistema mundial debe ser prioritaria tanto por tratarse de una tarea básica de cualquier ciencia social —ir más allá de los juegos de intereses y sus discursos— como por la sensibilidad de la dinámica del capitalismo financiero global a las informaciones (falsas, verdaderas o, en el mejor de los casos, construidas). No se trata de retomar la vieja lucha contra el imperialismo cultural pues ésta puede hacer llamados

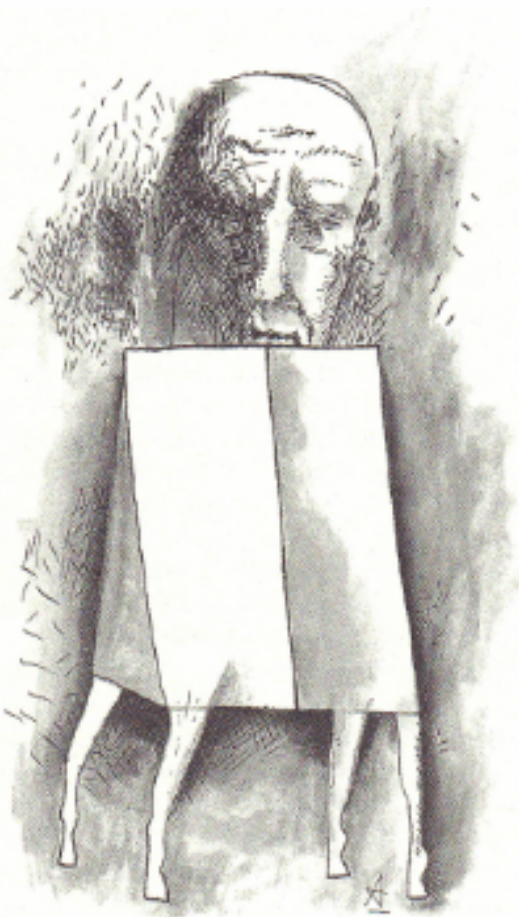
demasiado fuertes a particularidades que, a su vez, pueden ayudar a crear chauvinismos inviables en un mundo de mercados globalizados y tener consecuencias políticas indeseables, como el etnocentrismo, o llegar hasta el racismo exacerbado y políticamente activo. Lo importante es aumentar el pluralismo y el peso específico de la circulación heteroglósica de narrativas y matrices de sentido en los aparatos que dominan las redes globales de comunicación. De igual forma sería necesario redefinir, en contextos nacionales específicos, el lugar y las identidades atribuidas a segmentos étnicos minoritarios, sobre todo a aquellos en posiciones subordinadas y resultantes de flujos migratorios recientes.

En lo que concierne a América Latina este tópico es central dada la relación históricamente mantenida con Estados Unidos, país hegemónico del capitalismo global. Es hora de que pensemos en un debate referente al post-imperialismo, sustentado en investigaciones de científicos sociales latinoamericanos en diferentes situaciones. Primero veamos lo que estoy denominando post-imperialismo.

Al lado del prefijo “trans”, que para Jean Baudrillard define nuestro tiempo, hay que colocar el prefijo “pos”, indicativo de las ansiedades de fin de siglo. La última de las palabras compuestas con este prefijo circulando como mantra por el medio académico fue “pos-colonialismo” que nos remite a una postura política y “teórica” marcada por la presencia de intelectuales de lengua inglesa, miembros de países que son excolonias británicas. Sin entrar en detalles y matices en este vasto debate, que es inspirador de aquello que todo buen debate referente a la subordinación puede ser, el poscolonialismo como rótulo y tendencia interpretativa me parece limitado para la situación latinoamericana, región del mundo en general (¡no nos olvidemos de la Guyana Francesa!) descolonizada en las primeras décadas del siglo XIX. Si, por ejemplo, para hindúes y jamaquinos, el poscolonialismo tiene sentido dada la poca profundidad histórica de las experiencias de sus Estados-naciones, para los latinoamericanos, una nueva formulación, posdependentista, sobre la distribución de poder internamente al sistema mundial, necesita basarse en términos de interpretaciones que deberían ser llamadas post-imperialistas.

¿Por qué post-imperialismo? Porque bajo las condiciones del capitalismo transnacional, flexible, las corporaciones pueden operar libres de sus eslabones más pesados con los Estados-naciones, a través de la planeización del mercado financiero y de la fragmentación

de los procesos productivos a escala global. La relación entre una élite capitalista imperial en el centro y élites estatales imperiales en las periferias no es totalmente necesaria para la operación de los agentes económicos que encabezan el proceso de acumulación en escala global. Por eso, el programa neoliberal de retracción de Estado; por eso, la consolidación del poder de las agencias multilaterales como el Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Mundial que disputan con las hegemonías nacionales claramente definidas. El multilaterismo acaba, por vías indirectas, en alianzas militares multinacionales. Además de eso, las propias élites nacionales hoy están transnacionalizadas, terminando con obsoletas esperanzas por ventura depositadas en las “burguesías nacionales” —un cuadro típico de la década de los cincuenta y sesenta.



Un programa de trabajo en esta área supone una visión latinoamericana más ambiciosa de la que prevalece en nuestros medios académicos, hoy fuertemente colonizados por las obras de lengua inglesa que, digamos de paso, disminuyeron considerablemente la intensidad de su interés por nuestro continente. En varios países latinoamericanos segmentos de sus élites, en un sentido amplio, tienen una práctica que no está estudiada ni teorizada. Ellos ya operan de una forma post-imperialista, desde los narcotraficantes hasta los empresarios que lavan sus capitales en paraísos fiscales caribeños o en compras suntuosas en Miami.

Un programa de trabajo en esta área también supone comprender las características de las conexiones de los capitalistas latinoamericanos con el capitalismo avanzado, con las diversas élites transnacionales, con los formuladores de políticas de desarrollo en agencias multilaterales; comprender las inserciones de las burguesías nacionales (?) en la globalización, en los programas de ajustes neoliberales; de las clases medias consolidadas y de las “emergentes” en los procesos de mundialización; de los diferentes flujos de información, capital y personas dentro y fuera de la región; del uso que diferentes segmentos del pueblo latinoamericano vienen haciendo de la globalización ya sea por la expansión dramática de la venta de los *gadgets* globales, por el contrabando, por la piratería de obras de la industria cultural (hasta aquí formas vinculadas al capitalismo electrónico-informático), por la resistencia vía Internet al Estado-nación como demuestra el caso del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN), por las nuevas olas de emigración de indios, campesinos y de la clase media baja urbana que coloniza enormes áreas urbanas, rurales y espacios económicos de Estados Unidos.

Este último tópico, el de las emigraciones latinoamericanas a Estados Unidos, merece estudios comparativos sistemáticos, para entender las distintas inserciones de migrantes de diferentes nacionalidades en los mercados étnicamente segmentados de regiones y ciudades americanas específicas como California, Texas, Florida (Miami, en especial, la gran capital latinoamericana del mundo globalizado), y Nueva York; tenemos que Taco Bell, en 1993, 1994 y 1995, era la tercera cadena más grande de fast-food de Estados Unidos, sólo atrás de McDonald y Burger King. Investigaciones sistemáticas de migrantes latinoamericanos pueden demostrar su relevancia para la economía, política y cultu-



ra de nuestros países. Hoy, las remesas de los migrantes son primordiales no sólo para México, Santo Domingo o El Salvador. El peso de estas remesas también es importante para países como Brasil que frecuentemente es registrado como la octava o novena economía del mundo y que apenas a partir de mediados de la década de los ochenta comienza a vivir la condición de un país de emigrantes. Junto con el crecimiento de la demanda de los servicios consulares (Lanoy, 1995), uno de los factores que más llamó la atención en la diáspora brasileña fue el tamaño extraordinario del volumen de las remesas de Brasil, estimado en cuatro billones de dólares, por el Ministerio de Hacienda, para el año de 1995 (*Brazil Watch*, del 21 de octubre al 4 de noviembre de 1996); al mismo tiempo aumenta el electorado brasileño censado en el exterior. En 1994, fueron calculadas en cerca de 40 mil personas, un crecimiento significativo de los estimados 18 mil, en 1990. Para las elecciones de 1994, Estados Unidos fue el país con la mayor cantidad de electores, cuando 10 674 personas regularizaron sus situaciones en los consulados (*Brazil Today*, segunda quincena de septiembre de 1994).

En el plano simbólico, cultural y político, vinculado a la formación de nuevos consumidores-ciudadanos (García Canclini, 1995), la existencia de una “prensa latinoamericana en Estados Unidos” tiene un papel fundamental en el proceso, al crear una vía de medios lingüísticos, una colectividad de participantes cubiertos por el mismo paraguas simbólico. La creciente relevancia de la prensa étnica en Estados Unidos muestra que este terreno, además de ser importante política y culturalmente, también lo es en el plano económico. Una encuesta incompleta concerniente a una muestra étnica en Nueva York indicaba de la existencia de 143 periódicos y revistas, 22 estaciones de televisión y 12 de radio, en más de 30 lenguas (Dugger, 1997). El crecimiento de una clase media latina, un mercado calculado en 250 billones de dólares anuales, lleva revistas populares como *People* a tener una edición en español, y a un aumento notable en la prensa hispánica (Arana-Ward, 1996). Solamente en Nueva York, se estima que la prensa en español, una de las más notables, esté compuesta al menos por 56 publicaciones, dos televisoras locales (afiliadas a cadenas) y cinco estaciones de radio (Ojito, 1997). Para un investigador brasileño, la relevancia de la prensa hispánica se vuelve mayor, sobre todo la de la televisión, cuando consideramos que muchos brasileños que no hablan inglés ven canales de habla

hispana, algunos de los cuales incluyen noticias u otros materiales referentes a Brasil.<sup>5</sup>

¿Qué nos enseñan las comunidades imaginadas latinoamericanas insertas en los contextos interétnicos norteamericanos sobre nosotros mismos y sobre los procesos de globalización y transnacionalismo? ¿Quién más que los indocumentados ganan las guerrillas cotidianas, en una especie de microfísica del poder “desde abajo”, contra el más poderoso Estado-nación del mundo? ¿Será posible, como antropófagos modernistas —post-imperialistas—, canibalizar el mundo de la ética puritana, capitalista, anglosajona? El esfuerzo de investigación iniciado con el estudio de poblaciones latinoamericanas en el exterior, se prolongaría para el estudio de la propia sociedad norteamericana desde una perspectiva latinoamericana, en una reversión de un cierto flujo casi colonialista existente. El post-imperialismo tendría así, por objetivo, en última instancia, descolonizar la imagen que se tiene de Estados Unidos en América Latina y realizar una crítica profunda a los cánones nacionalistas; imagen y cánones que suscitan varias reacciones al que viene de fuera y cuya eficacia se nota mayormente en el ejercicio de la hegemonía en contra de los segmentos subalternos de nuestra región.

<sup>5</sup> Es igualmente notable el aumento de periódicos, revistas, boletines, programas de radio y televisión por cable brasileños. Una lista parcial de publicaciones brasileñas en Estados Unidos incluiría: *Balcao USA*, *Brazilian Voice* (Newark, Nueva Jersey); *Brazilian Press*, *Portugal Brasil News Inc.*, *Samba Newsletter*, *The Brazilians* (Nueva York); *Brazil in Review* (Kew Gardens, Nova Iorque); *Brazilian Times* (Somerville, Massachusetts); *Jornal dos Sports* (Cambridge, Massachusetts); *Florida Review* (Miami, Florida); *Greencard* (Fort Lauderdale, Florida); *Brazil Today* (El Cerrito, California); *News from Brazil*, *Brazil-International Monthly Magazine in English* (Los Ángeles, California); *Jornal Brasileiro do Vale* (Fresno, California). En los Ángeles, por ejemplo, existe el “Brazil TV”, programa por cable, en distintos canales. El periódico *Brazil Today*, de la Bahía de San Francisco, y el principal periódico brasileño de la costa oeste, tiene como lema “committed to keeping the Portuguese language alive in the USA”. Esta aparente incertidumbre de comprometerse en inglés con el idioma portugués, es bastante apropiada, se trata de un reflejo fiel de la ambigüedad permanente con que se enfrentan los emigrantes. Si, por un lado, es fundamental la conciencia de su particularidad, por otro es necesario el dominio de la lengua, legislación y otras características políticas, económicas y culturales locales para una inserción más profunda en la sociedad norteamericana.

## Bibliografia

- Anderson, Benedict, *Imagined Communities: Reflections on the Origins and Spread of Nationalism*, Londres, Verso, 1991.
- Arana-Ward, Marie, "Magazines: latinos find themselves on the same page", en *Washington Post*, Washington, D.C., 5 de diciembre de 1996.
- Brazil Watch, "Brazilians Overseas. The Rise Tiding of Brazilian Emigration is Impacting Foreign Markets and Even the Balance of Payments", en *Brazil Watch* 13 (21): 1996, pp. 7-10.
- Dugger, Celia, "A tower of Babel, in wood pulp", en *New York Times*, Nueva York, 19 de enero de 1997.
- Featherstone, Mike y Roger Burrows (orgs.), *Cyberspace, Cyberbodies, Cyberpunk, Cultures of Technological Embodiments*, Londres, Sage Publications, 1995.
- García Canclini, Néstor, *Consumidores y ciudadanos. Conflictos multiculturales de la globalización*, México, Grijalbo, 1995.
- Lannoy, Carlos de, "Sufoco no Exterior. Itamaraty Cria Serviço para Resolver os Dramas de Centenas de Turistas e de Residentes Brasileiros", en *Correio Braziliense*, 24 de septiembre de 1995.
- Lévy, Pierre, *As Tecnologias da Inteligência. O Futuro do Pensamento na Era da Informática*, Río de Janeiro, Editora 34, 1995.
- Mumford, Lewis, *Técnique et Civilisation*, Paris, Editions du Seuil, 1950.
- Ojito, Mirta, "The Spanish media: neighborhood news spanning a continent", en *New York Times*, Nova Iorque, 19 de enero de 1997.
- Ribeiro, Gustavo Lins, *Empresas transnacionais. Um Grande Projeto por Dentro*. Río de Janeiro/São Paulo, ANPOCS/Marco Zero, 1991.
- , "Ambientalismo e Desenvolvimento Sustentado. Nova Utopia/Ideologia do Desenvolvimento", en *Revista de Antropologia*, núm. 34, Universidade de São Paulo, 1991, pp. 59-101.
- , *Transnational Capitalism and Hydropolitics in Argentina*, Gainesville, University Presses of Florida, 1994.
- , "Internet e a Comunidade Transnacional Imaginada/Virtual", *Interciência. Revista de Ciencia y Tecnología de América*, 21 (6), Caracas, 1996, pp. 277-287.
- , "Transnacional Virtual Community? Exploring Implications for Culture, Power and Language", en *Organization* 4 (4), Londres, Sage Publications, 1997, pp. 4996-505.
- , "In Search of the Virtual-Imagined Translation Community", en *Antropology's Newsletter*, jornal da Associação Americana de Antropologia, Washington D.C., Maio, 1997, pp. 80 y 78.
- , "Goiânia, California. Vulnerabilidade, Ambigüidade e Cidadania Transnacional", en *Série de Antropologia*, núm. 235, Universidade de Brasília, 1998.
- , "Planet Bank: Ethnic diversity in the World Bank", trabajo presentado en la quinta Conferencia Bienal de la European Association of Social Anthropologist (EASA), en la sección "Toward an Anthropology of International Relations", 4-7 septiembre de 1998.
- , "Cybercultural Politics. Political Activism at a Distance in a Transnational World", en Sonia Álvarez, Evelina Dagnino y Arturo Escobar (orgs.), *Cultures Of politics/ Politics of Cultures. Revisioning Latin American Social Movements*, Boulder (Colorado), Westview Press, 1998, pp. 325-352.
- , "Tecnotopia versus Tecnofobia. O Mal-Estar no Século XXI", en *Humanidades*, núm. 45, Brasília, 1999, pp. 76-87.
- , "O que faz o Brasil, Brazil. Jogos Identitários em São Francisco", en Rossana Rocha Reis y Teresa Sales (orgs.), *Cenas do Brasil Migrante*, São Paulo, Boitempo Editorial, 1999, pp. 45-85.
- , "A condição da Transnacionalidade", en *Revista Brasileira de Políticas Comparadas* III (1), 1999, pp. 117-146.
- Stone, Allucquère Rosanne, "Virtual Systems", en Jonathan Crary & Sanford Kwinter (eds.), *Incorporations*, Nueva York, Zone, 1992, pp. 609-621.
- Wolf, Eric R., "Cultura, Ideologia, Poder e o Futuro da Antropologia. Conversando com Eric R. Wolf", en *Mana* (4) 1, Río de Janeiro, 1998, pp. 153-163.
- , *Envisioning Power. Ideologies of Dominance and Crisis*, Berkeley, University of California Press, 1999.